

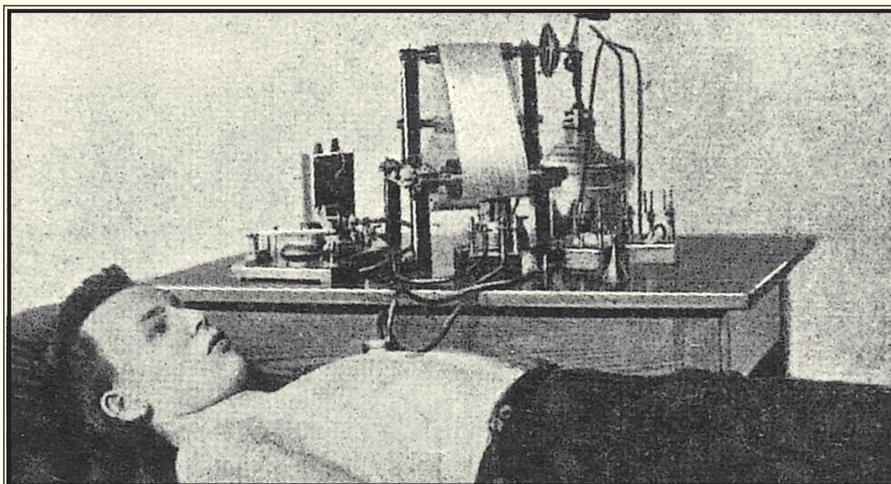
HACE CIEN AÑOS

“Las llamas reveladoras”

Así, con este inquietante titular, “La Ilustración Española y Americana” presentaba a todos sus lectores lo que a nosotros nos ha parecido, 100 años después, un antecedente del electrocardiógrafo (aparato que no fue presentado como tal hasta 1911, pero cuyos estudios comenzaron en 1872)

El aparato estaba basado en las llamas de Köning (muy populares, parece ser, en 1910), cuyo principio fundamental era este: una membrana vibrante colocada en un punto cualquiera en la pared de un recinto atravesado por una llama, comunica a ésta última sus propias vibraciones.

El autor del estudio era un profesor de la Academia de Francfort, el Dr. Marbe, quien, siguiendo el principio enunciado, había observado varias aplicaciones, “entre ellas, las más interesantes –contaba “La Ilustración Española y Americana”– es la de la notación de los sonidos del corazón humano. Se coloca sobre el tórax una capsulita registradora formada por un anillo de unos cuantos milímetros de grueso en el cual está extendida una delgadísima membrana de caucho que sirve de cierre a un pequeño volumen gaseoso. Tras la membrana hay dos



tubos: uno lleva a la cámara gaseosa el fluido procedente de un generador de acetileno; el otro conduce este fluido a un mechero vertical. Las vibraciones y los choques que constituyen desde el punto de vista físico, los sonidos, denominados del corazón, se transmiten a la membrana, y a través del gas llegan a la llama reveladora. Basta pasar por la parte superior de la llama una cinta de papel, para obtener las inscripciones del sonido del corazón”

Con todos nuestros respetos, parece de dudosa seguridad mezclar pacientes, con gas y llamas. Pero justo es reconocer que el trabajo del Dr. Marbe bien pudo ser el primer pionero en los estudios de los latidos cardíacos.

La noticia, en nuestros días, es evidentemente toda una antigüedad; pero una valiosa antigüedad. Tal vez sin esos antecedentes no habríamos llegado al electrocardiograma, al eco doppler, ni al TAC.

N. de R.

La crecida del Manzanares

Si los madrileños de 1910 vieran hoy, cien años después, las obras acometidas en los últimos años en la ribera del Manzanares, probablemente, no reconocerían el castizo río. A principios del siglo XX raro era el año en que el Manzanares no sufría alguna crecida peligrosa; tal es el caso de la ocurrida en 1910, que provocó, incluso, el derrumbamiento de un puente, denominado de Garrido, muy cercano a Moncloa.

Y eso que siempre fue calificado de aprendiz de río.

N. de R.

